

Asociación de Historia Contemporánea
Actas del XIV Congreso

DEL SIGLO XIX AL XXI. TENDENCIAS Y DEBATES
(Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)

Mónica Moreno Seco (coord.)
Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2019

Asociación de Historia Contemporánea. Congreso (14.º. 2018. Alicante)

Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante 20-22 de septiembre de 2018 / Mónica Moreno Seco (coord.) & Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 2019 pp.

ISBN: 978-84-17422-62-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.

Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Asociación de Historia Contemporánea. Congreso

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-17422-62-2

Portada: *At School*, Jean-Marc Côté, h. 1900.

‘COMPAÑEROS CONSCIENTES DE SUS DEBERES DE HERMANO DE CLASE’: UNA IDENTIDAD CIUDADANA PARA LA CLASE OBRERA

Mariana Stoler

(Universidad Autónoma de Madrid)

En junio y julio de 1975 en Argentina se vivieron jornadas de mucha convulsión. Las medidas económicas recién implementadas generaban un brusco descenso del salario real. Los obreros de distintas fábricas de Buenos Aires y del conurbano bonaerense se movilizaron y manifestaron exigiendo a sus líderes la negociación para que estas medidas se revirtieran. Estas movilizaciones se hacían hacia los sindicatos y hacia las sedes del Poder Ejecutivo, tanto regional como nacional. El parlamento, por el contrario, estuvo libre de movilizaciones y de peticiones de los trabajadores.

Estas jornadas fueron el punto culminante de un proceso de empoderamiento de las bases trabajadoras que comenzó a visibilizarse ampliamente desde el retorno de la democracia en marzo de 1973 pero que es perfectamente rastreable desde unos años antes, mayo de 1969, cuando la ciudad de Córdoba, en el centro del país, se levantó en una insurrección civil que tuvo su origen en las fábricas y fue denominada como el Cordobazo.

Los trabajadores, desbordando los canales institucionales, se movilizaron para peticionar a las autoridades nacionales el cambio en el rumbo de la política económica, ¿cómo era esto posible? ¿De dónde provino esa organización que parecía espontánea?

¿Cómo se gestó este movimiento que llegó a generar, por primera vez en la historia argentina, una huelga general a un gobierno peronista? ¿Eran conscientes estos trabajadores de lo que implicaba manifestarse políticamente por fuera de los canales establecidos por la sociedad civil?

Tradicionalmente la historiografía ha analizado las jornadas de junio y julio de 1975 como un momento en donde se vivió una situación revolucionaria. Los trabajadores desbordaban sus organizaciones sindicales y hasta se manifestaban en contra de sus dirigentes gremiales con consignas que tenían claras influencias marxistas. Sin embargo, la Confederación General del Trabajo (CGT) cúpula del sindicalismo argentino, logró canalizar las movilizaciones que la desbordaban en una huelga general convocada por ella.

¿Cómo pueden entenderse estas movilizaciones de los trabajadores? ¿Cuál era su particular forma de interiorizar la ciudadanía en cuanto ejercicio de derechos? ¿Qué sentido de ciudadanía habían construido estos trabajadores? ¿Cómo interpelaban al Estado? ¿Con qué atributos dotaban a su interpretación de lo que debía ser un ciudadano?

Cultura política e identidad de clase

La cultura política manifestada por la clase obrera en la primera mitad de la década de 1970, hunde sus raíces en la llamada Resistencia Peronista llevada a cabo después del golpe de Estado militar que derrocó a Juan D. Perón de su segunda presidencia en 1955. En ella actuaron de forma

autónoma gran cantidad de organizaciones sindicales, juveniles, guerrilleras, religiosas, estudiantiles, barriales y culturales con el objetivo común del regreso de Perón al país, la realización de elecciones libres y sin proscripciones. Sin embargo, en el caso particular de la clase obrera, debería hablarse de una resistencia obrera en la que los trabajadores organizados en sus fábricas y contando con un importantísimo apoyo de los barrios circundantes, se opusieron a los avances dictatoriales contra las conquistas laborales del período anterior. El surgimiento de estos grupos no fue alentado ni por los líderes sindicales ni por el propio Perón. Fueron los activistas de base quienes impulsaron este movimiento defensivo de conquistas y derechos que consideraban propios.

Esta resistencia obrera se llevó adelante desde las organizaciones obreras de base, las comisiones internas y los cuerpos de delegados, organizaciones de los trabajadores en las mismas fábricas que habían conquistado un gran poder durante las dos presidencias peronistas. La existencia de una organización gremial en el mismo espacio de trabajo, dotó a los obreros de una gran fortaleza frente a la patronal. En la fábrica, donde se plantea la disputa directa por el control del proceso productivo, el enfrentamiento entre capital y trabajo se torna más tangible. Los reclamos que pueda tener la organización obrera al interior de las fábricas afectan directamente a la explotación patronal ya que están vinculados con las condiciones de trabajo, la salubridad, el nivel salarial e incidentes o demandas específicas. Así, cualquier cambio implementado por el empleador y que ellos consideren que los afecta, puede ser boicoteado por una buena organización de los trabajadores en las fábricas. Además, debido a su inserción en la estructura sindical, las comisiones internas y los cuerpos de delegados pueden, dependiendo de las relaciones de fuerza al interior del movimiento obrero, ejercer presión sobre la cúpula dirigente o convertirse en una instancia de control de las bases manipulada por esta.

Todos los gobiernos posteriores a 1955 intentaron limitar la acción de las comisiones internas y de los cuerpos de delegados debido al impresionante poder con el que contaban al poder interrumpir el proceso productivo en cualquier momento.

El golpe de Estado de 1955 abrió una nueva etapa en la historia contemporánea argentina. Las clases dirigentes del país disputaban qué nuevo modelo económico implementar y se planteaban de qué forma establecer la relación con el movimiento obrero argentino. Así, esta nueva etapa estuvo signada por una gran inestabilidad política en la que se sucedieron gobiernos democráticos y gobiernos de facto, cada uno con sus propias orientaciones y directivas en política social y económica.

En los momentos en que primó la legalidad política, donde la sociedad civil y sus actores podían participar plenamente en la vida social del país, la dirigencia sindical contó con bastante poder para controlar parte de las organizaciones sindicales en las fábricas, organizando la respuesta y obediencia orgánica de las mismas. En cambio, en los momentos donde la actividad de la dirigencia en el ámbito nacional se veía coartada las bases estuvieron obligadas a organizarse para lograr la consecución de sus reclamos. Esto fue lo que paso durante el gobierno de facto del general Onganía (1966-1970) y lo que terminó estallando, sólo para continuar su crecimiento, en el Cordobazo.

Estas organizaciones fabriles también contribuyen a la construcción de una identidad y de una cultura propia de los trabajadores. Si a esto se le suma, como ocurría en muchos casos, el hecho de que los trabajadores vivan en el mismo barrio donde está asentada la fábrica, la vinculación

entre una cultura propiamente clasista y una popular se estrecha. De esta manera, es posible afirmar que «el comportamiento de la clase trabajadora fue producto de la propia cultura obrera»³⁷⁴⁸.

A esta identidad y cultura trabajadora hay que sumarle dos determinantes fundamentales más. En lo económico el desarrollismo y la aparición de grandes capitales extranjeros que impulsaron una nueva forma productiva y una nueva relación entre la patronal y el trabajo. En lo político, por la proscripción del peronismo llevada a cabo desde 1955.

Se puede concluir entonces que la construcción de la cultura e identidad ciudadana de los trabajadores en Argentina hunde sus raíces en la propia participación dentro del sindicalismo en un contexto de inestabilidad democrática.

El desarrollo del poder sindical a partir de la proscripción del peronismo

A partir de 1955 y hasta el retorno del peronismo a la presidencia en 1973, el movimiento obrero ejerció un papel muy importante en la sociedad, llegando a ser un actor decisivo para la ejecución de cualquier plan de gobierno. Gracias a su gran poder de movilización, era portador de una suerte de poder de veto sobre las grandes decisiones nacionales. De esta manera, todos los sectores que se sucedieron en el poder, se vieron obligados a negociar con el sindicalismo argentino para lograr una pseudo- gobernabilidad.

La fortaleza de este sindicalismo radica en su poder de movilización de una gran cantidad de trabajadores, en su autonomía económica gracias a la cuota sindical aportada por los trabajadores y, como ya se ha mencionado, en el poder de las comisiones internas en las fábricas.

La organización sindical en Argentina es una representación unificada de los trabajadores en sindicatos divididos según la actividad que forman asociaciones, uniones o federaciones a nivel nacional (por rama industrial) y que se integran, por encima de ellos, en una confederación única³⁷⁴⁹, la CGT. Es un sindicalismo altamente centralizado lo que dificulta la imposición de nuevos liderazgos en su interior.

El sindicalismo en Argentina es altamente dependiente del Estado por varios factores. Primero, un sindicato para existir tiene que tener una personería jurídica y una personería gremial que son otorgadas por el Estado. Sin este reconocimiento el sindicato no está habilitado para establecer la negociación desde un plano normativo y legal ni con la patronal ni con el Estado. Segundo, también depende del Estado en la negociación con la patronal, tanto en lo concerniente a los salarios como a las características de la producción ya que el Estado debe aprobar, homologar, los Convenios Colectivos de Trabajo (en adelante CCT). Por otra parte, las leyes de Asociaciones Profesionales estructuraron su funcionamiento.

La necesaria homologación estatal de los CCT marcó una fuerte institucionalización de los conflictos entre el capital y el trabajo con la intención de alcanzar una solución en base al consenso. Los CCT que incluyeron la negociación por los salarios, por las tareas específicas que debía

³⁷⁴⁸ Alejandro SCHNEIDER: *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2006, pp. 26.

³⁷⁴⁹ Única en la mayor parte de ese período porque en algunas oportunidades, incluso actualmente, existieron más de una CGT, las que tenían y tienen diferencias ideológicas y tácticas.

realizar cada trabajador y por los escalafones, entre otras cosas, determinaron, asimismo, el tipo de acción y las formas organizativas a adoptar del sindicalismo.

Esta estructura sindical pudo imprimir fuertes rasgos identitarios al conjunto de los trabajadores sindicalizados ya que el CCT lo negociaba el sindicato y aplicaba para la industria entera tanto para una gran planta fabril con miles de trabajadores como para un pequeño taller barrial, para los trabajadores sindicalizados como para los no afiliados al sindicato. Por otro lado, al fijar el escalafón y las tareas propias de cada estrato trabajador de una industria, se delimitaban en parte las identidades obreras y se construía un sentimiento de pertenencia a un sindicato determinado.

La elección de los dirigentes sindicales, tal como lo establecía la Ley de Asociaciones Profesionales, se hacía por un período de tiempo y no por una negociación puntual. Esto permitía también imponer determinada impronta y estrategia de largo plazo dentro de la estructura sindical.

Así, el sindicato argentino, luego de la primera década de gobierno peronista, se conformó como una estructura organizacional que, dadas sus características, logró una importante verticalidad en sus filas y que pudo constituirse como un actor con poder en la lucha política.

El movimiento sindical argentino se caracteriza asimismo por la fuerte presencia de la organización sindical en el ámbito de la fábrica. Los cuerpos de delegados y las comisiones internas se consolidaron e institucionalizaron en el período peronista. Estas instancias organizativas dotaron de un gran poder al sindicalismo ya que garantizaron el control del cumplimiento de los CCT en los lugares de trabajo. Por otro lado, la organización sindical en el espacio de trabajo garantiza la constante generación de líderes sindicales que se irán sumando a la estructura y renovando la conducción. Por eso mismo, y por poder ser los garantes de la implantación de los CCT, también pueden ser el germen del cuestionamiento a lo establecido y negociado por la cúpula sindical. En este sentido, las distintas alianzas que pueden establecerse entre sectores de la dirigencia sindical y diferentes agrupaciones al interior de las fábricas demuestran cómo la identidad y conciencia corporativa deben ser constituidas día a día en una disputa constante. Esta situación se hace especialmente manifiesta en los contextos donde los conflictos al interior de las fábricas se autonomizan, de alguna manera, de la conducción sindical nacional.

Por último, el sindicalismo en Argentina durante la segunda mitad del siglo XX se constituyó en un actor político poderoso. Esto se debió a tres cuestiones: su capacidad de movilización de un gran número de afiliados, su independencia económica debida a la cuota que pagaban sus afiliados y el poder de control de las comisiones internas sobre las condiciones de trabajo en planta. A todo esto corresponde agregarle una condición fundamental más. Después del derrocamiento de Perón en 1955 el partido peronista y su líder fueron proscriptos. Así, en los escasos momentos donde se reestableció el sistema democrático, este restablecimiento fue parcial y careció de legitimidad ya que el partido mayoritario estaba prohibido. En este contexto, el sindicalismo argentino que se reconoció en su mayoría peronista, se hizo con la virtual representación política de ese sector de la población. Así, al ser la única organización peronista que no estaba proscripta logró alcanzar un gran poder de veto a distintas políticas nacionales. Fue la proscripción del peronismo lo que le permitió al sindicalismo argentino desarrollar su gran poderío político.

En la década de 1960 se consolidó una estrategia sindical denominada vanderismo por el nombre del líder sindical más representativo de ese momento Augusto T. Vander. Esta estrategia se basaba en golpear para luego negociar, así, el gremio se erigía como el único garante de control del conflicto llevado adelante por las bases en las fábricas. De esta manera la mediación del gremio

era buscada por las autoridades políticas y por las patronales. Esta estrategia era efectiva por tres motivos. Primero, por el fuerte poder de movilización que ya fue mencionado. Segundo, por la respuesta que las bases obreras daban a las dirigencias sindicales que los convocaban para estas movilizaciones. Y, tercero, por la necesidad que tenían tanto el Estado como la patronal de un interlocutor con el cual negociar y, de esta forma, encauzar de una forma institucionalizada (CCT) las relaciones entre el capital y el trabajo.

Así, la construcción de una conciencia e identidad corporativa sólida era una cuestión fundamental para el sindicalismo. Esta identidad sindical estaba fuertemente basada en la cultura peronismo, en la cultura de la resistencia y en los beneficios sociales que los trabajadores recibían por intermedio, no del Estado, sino del sindicato: viviendas, prestaciones de salud, medicamentos, vacaciones, espacios recreativos, cursos de formación, etcétera. Como afirma Schneider «si la dirigencia sindical fue reconocida durante esos años como un factor de poder en todos los escenarios políticos en los que se presentó fue justamente porque contaba con el respaldo de un fuerte movimiento obrero»³⁷⁵⁰.

Como puede observarse, las características constitutivas del sindicalismo argentino permitieron la construcción de una identidad sindical y de clase muy sólida en los trabajadores argentinos. Asimismo, el contexto de una democracia parcial donde el partido mayoritario estaba prohibido, dotó de una particular significación la noción de ciudadanía. De esta manera, es posible afirmar que los trabajadores argentinos de aquella época fueron forjando una participación ciudadana que no tenía relación con la idea de un ciudadano un voto, o con la representación parlamentaria, sino que se basaba en el poder de la asociación, del voto entre pares de clase, con los compañeros de trabajo y en la metodología de la movilización.

El surgimiento de liderazgos alternativos y las disputas por el control de los significados

El sindicalismo, aún con organizaciones tan centralizadas y verticalistas como las argentinas, no debe ser considerado como algo monolítico, como un bloque homogéneo. El sindicato está atravesado por relaciones de fuerza que constantemente determinan la constitución de los objetivos inmediatos de los trabajadores y la construcción de un liderazgo acorde con ellos.

Los cuestionamientos y las estrategias en disputa dentro del sindicalismo se hicieron visibles debido a la situación de excepción que se vivía en el país a raíz de la instauración de una nueva dictadura (la autodenominada Revolución Argentina) en 1966. La participación política por intermedio de los partidos y de los sindicatos es una barrera entre el Estado y la sociedad civil. Al existir una situación excepcional donde estos actores estaban prohibidos, o veían seriamente disminuida su capacidad de acción, el conflicto inherente a la sociedad capitalista, es decir la lucha de clases, salió a la superficie y amenazó la estabilidad del Estado. Además, al estar suspendidas las negociaciones por los CCT, la estrategia vanguardista se vio frenada haciéndose difícil conseguir algún sustento material que justificara el apoyo de las bases ante una situación política y económica cada vez más difícil. Las bases obreras comenzaron a disputar y obtener conquistas laborales en sus propios lugares de trabajo y, muchas veces, en oposición a lo dictado por su sindicato.

³⁷⁵⁰ A. SCHNEIDER: *Los compañeros...*, pp. 137.

En este proceso se constituyeron nuevos dirigentes de base, se fortalecieron las comisiones internas y los cuerpos de delegados y comenzó a manifestarse un movimiento de oposición a la dirigencia sindical que fue conocido como clasismo. Este movimiento intentó disputar la conducción del sindicalismo en Argentina luego del retorno de la democracia y del peronismo al poder en 1973. Esto fue posible debido a la fortaleza de las comisiones internas en el país y a la acumulación de experiencia que estas organizaciones y los trabajadores fueron realizando desde la caída de Perón.

Esta ofensiva obrera cobró notoriedad con la insurrección conocida como Cordobazo y que convirtió a la provincia de Córdoba y a sus obreros en los luchadores pioneros contra lo que comenzó a denominarse como la burocracia sindical.

Puede observarse un proceso de acumulación de experiencias que se abre a partir del Cordobazo en mayo de 1969 y que se extiende hasta las jornadas de junio y julio de 1975. Este proceso se caracteriza por la radicalización de la protesta y de las metodologías de protesta en las fábricas, por la búsqueda de un recambio en las estrategias sindicales y en la dirigencia, y por la práctica de la democracia sindical. Este último hecho en particular es digno de ser resaltado. Con el tratamiento de las cuestiones que inquietaban a los trabajadores en asamblea, donde todos participaban y todos decidían qué camino tomar y con qué metodología avanzar se fue forjando una particular percepción de lo que es la ciudadanía y una identidad y sentido de pertenencia específicos. Estas votaciones determinaban las relaciones entre la clase y la patronal, entre los trabajadores y sus dirigentes y buscaban, además, presionar a estos últimos para que peticionaran reivindicaciones a las autoridades. Así, los trabajadores argentinos fueron consolidando una interiorización de la ciudadanía muy relacionada con la movilización y con el ejercicio directo para la conquista de los derechos.

En 1973, en medio de un clima social muy convulsionado el peronismo retornó al Poder Ejecutivo. Su programa político estaba basado en la institucionalización de la lucha de clases en lo que se denominó el Pacto Social. Este Pacto fijaba un aumento salarial para todos los trabajadores junto con el congelamiento de los salarios y de los precios de consumo masivo para, así, generar concertación social. El objetivo del Pacto Social era la distribución con acumulación.

El Pacto Social tuvo implicancias serias para los sindicalistas ya que los obligó a encorsetarse en una política de suspensión de los CCT que no les permitía recurrir a las reivindicaciones salariales como elemento para sumar apoyo material de las bases, de esta manera, la dinámica de la acción y discusión se desplazó nuevamente hacia las fábricas. Por otra parte, el retorno del peronismo a la legalidad y al gobierno le quitó a la CGT gran parte del poderío político obtenido por la proscripción. Sin embargo, la cúpula sindical obtuvo ventajas de su participación en el Pacto Social: la principal fue la reforma a la Ley de Asociaciones Profesionales de noviembre de 1973 que incrementaba la centralización de las organizaciones sindicales y protegía todavía más las posiciones de la dirigencia.

El retorno del peronismo al gobierno fue interpretado por los trabajadores fabriles como un contexto en donde todos sus reclamos iban a ser escuchados, es por eso que las medidas de fuerza llevadas adelante en los lugares de trabajo aumentaron y hasta se tornaron más violentas siendo la toma de fábrica con rehenes una práctica común. En este marco debe ser entendida la reforma de la Ley de Asociaciones Profesionales anteriormente mencionada. La centralización de las organizaciones sindicales y el mayor poder de la dirigencia sindical frente a la amenaza de triunfo de los liderazgos alternativos era algo que el gobierno necesitaba en su búsqueda de

institucionalizar la negociación entre el capital y el trabajo. No obstante, el Pacto Social comenzó a mostrarse cada vez más vulnerable.

El Pacto Social pudo sostenerse hasta que la OPEP dispuso un aumento del precio del petróleo, a partir de entonces la acumulación con distribución no pudo mantenerse. Las empresas decidieron trasladar a los precios el aumento de sus costes, aunque esto significara salirse de lo pactado con el gobierno y los sindicatos. La lucha entre el trabajo y el capital terminó de salirse de los cauces oficiales para trasladarse al ámbito de la empresa y la CGT quedó supeditada a una negociación que nadie respetaba.

Por otro lado, dentro de los conflictos al interior de las fábricas se vislumbra una fuerte penetración del barrio, no sólo en el apoyo de huelgas con ollas populares sino también en los reclamos por mejoras en la zona. El caso de Indiel, una fábrica de autopartes del barrio industrial de La Matanza en el conurbano bonaerense, reclamando la apertura de un hospital en el barrio es particularmente indicativo de esa característica.

Este contexto de fuertes disputas entre el capital y el trabajo y al interior de los sindicatos continúa hasta las jornadas de junio y julio de 1975. En ese momento tuvieron lugar conflictos obreros en distintas fábricas y, tras el anuncio del nuevo ministro de Economía Celestino Rodrigo de fuertes medidas recesivas se produjo una gran huelga general de hecho con movilización desde el Gran Buenos Aires hacia la Capital Federal. Esta gran huelga general es caracterizada como «de hecho» porque los trabajadores la llevaron adelante sin la convocatoria de la CGT. El proceso de lucha culminó con el decreto de una huelga general de dos días en julio esta vez dictada por la CGT que tuvo un gran acatamiento. Es posible afirmar que las movilizaciones obreras forzaron a la CGT a convocar a la huelga para evitar la salida de los trabajadores de los cauces institucionales.

Detrás de las movilizaciones en el Gran Buenos Aires se encontraron las Coordinadoras Interfabriles que ya venían constituyéndose desde fines de 1974 en algunas regiones. Estas Coordinadoras surgieron de la articulación de las organizaciones obreras por lugar de trabajo (cuerpos de delegados y comisiones internas) por zona, salvando la característica distintiva, propia del sindicalismo argentino, de unir a los trabajadores de una misma rama. Así, se unieron en una misma Coordinadora trabajadores metalúrgicos, textiles, docentes, etcétera. Al tener una base netamente territorial puede afirmarse que fueron un intento de superar el aislamiento de las luchas dentro de cada fábrica y, desde posiciones clasistas y de izquierda, intentaron la disputa de las direcciones de los sindicatos. Las Coordinadoras tuvieron una práctica democrática ya que las decisiones se tomaban en asambleas por fábrica y los delegados elegidos debían asistir a las reuniones de la Coordinadora con un mandato de la fábrica a la que representaban. Dentro de estas Coordinadoras se encontraban, además de los trabajadores delegados, representantes de distintos partidos y agrupaciones de izquierda. Tuvieron reclamos económicos, políticos y organizativos. En Buenos Aires y en este período se formaron cinco Coordinadoras: la de Zona Norte del conurbano bonaerense, la de Zona Sur, la de Zona Oeste, después la de Capital Federal y la de la zona de La Plata, Berisso y Ensenada más lejana geográficamente.

Lo interesante del movimiento de Coordinadoras es el reclamo de una democracia sindical para poder peticionar a las autoridades del Poder Ejecutivo que se revirtiera la política económica. Los trabajadores que participaron en las Coordinadoras entendían su ciudadanía de una forma asamblearia y basada en el principio de democracia directa. Asimismo, la movilización era la forma que preferían para el ejercicio de la ciudadanía en tanto derecho. No obstante, es de resaltar que esta manera de proyectarse sobre el ámbito político que mostraron los trabajadores durante todo el período no puede ser caratulada como ejecutiva.

Durante las jornadas de junio y julio los trabajadores fueron movilizándose y tomando por asalto cada vez más parte del territorio de sus barrios. Sin embargo, se dirigían a los edificios de sus representantes sindicales no a revocarles su poder, sino a exigirles que se pusieran a la cabeza de la lucha y los reclamos que provenían de las bases. Esta forma de participación ciudadana, que no se limita a la identificación propia de la fórmula de la democracia liberal de un ciudadano un voto, tampoco era una forma revolucionaria que quisiera barrer con el sistema vigente. Estos trabajadores se movilizaban en ejercicio de su ciudadanía y en defensa de sus derechos interpelando a sus representantes a que actúen según lo que estos trabajadores creían que era correcto. Es por ello que puede afirmarse que existió una disputa por el significado de la democracia sindical, de la representación sindical, del liderazgo y de los derechos y formas de manifestarse propias del sindicalismo.

Es preciso considerar que es característico de la cultura política argentina el marchar hacia las sedes del Poder Ejecutivo, local o nacional, para manifestar tanto su apoyo como su descontento con la gestión. Esto ocurre con todos los sectores de la política nacional y en todos los períodos, excepto en los que haya habido una fuerte represión. Luego de las manifestaciones y los reclamos, finalmente, la CGT dispuso una huelga general de 48 horas en julio de 1975 montándose en el estado de huelga de hecho ya existente. Esa medida tuvo amplio respaldo y ocasionó que al día siguiente el gobierno aprobara aumentos salariales y que el ministro de Economía, Rodrigo, presentara su renuncia. Cabe preguntarse si la CGT hizo un aprovechamiento político de la intensa actividad de protesta encauzada por las Coordinadoras o si la CGT complementó la movilización que se daba ya de hecho ampliándola con su poder de convocatoria hacia otros sectores obreros que seguían encauzados dentro del ámbito corporativo. Tras el fracaso del Pacto Social el Estado se encontraba debilitado, la lucha de clases continuó encarnizadamente y, por primera vez, se realizó un paro general empresario. Los conflictos al interior del sindicalismo entre diferentes estrategias eran muy fuertes, a todo esto había que sumarle el uso de la violencia que estaba cada vez más presente en los conflictos laborales y entre las distintas fracciones de clase al interior del sindicalismo.

En estas circunstancias se produjo el golpe de estado del 24 de marzo de 1976 para intentar contener la fuerte amenaza popular sobre el proceso de acumulación capitalista. La reforma de la actividad sindical en el país fue algo que los militares persiguieron inmediatamente desde que se hicieron con el poder. Junto a la más sangrienta represión desatada contra el movimiento obrero en la historia argentina, ya desde el primer día del golpe, el gobierno castrense y sus aliados civiles impulsaron una reforma normativa del sindicalismo que atentaría contra el poder organizacional del movimiento obrero debilitándolo y dividiéndolo, e inclinaría a favor del capital las relaciones entre clases al interior de las fábricas.

La fortaleza del sindicalismo argentino fue atacada por dos frentes, primero con el asesinato de los dirigentes más radicalizados mediante la violencia física. El blanco del ataque fueron los trabajadores que habían encabezado la lucha en el período anterior desde el fortalecimiento de las organizaciones en el nivel de las fábricas. Se dismantelaron las comisiones internas, principal objetivo de la represión estatal, lo que significó por un lado, el congelamiento de la dirigencia en el poder al suspenderse el relevamiento de dirigentes y, por el otro, el aislamiento entre bases y dirigentes. Segundo, se intentó quitar todo el poder de la dirigencia sindical desprestigiándola, dividiéndola y/o cooptándola.

A todo esto hay que sumarle una política económica que buscó minar la base material de la existencia obrera, la industria. Esta política económica tuvo mucho de disciplinadora de los trabajadores al generar una redistribución regresiva del ingreso.

Si bien hubo diferencias entre los intereses respecto de la política laboral tanto entre las Fuerzas Armadas como con la patronal, hubo cierto consenso básico referido a debilitar el poder político del sindicalismo argentino. Así, los objetivos principales de la nueva política sindical fueron el debilitamiento general de los sindicatos, la creación de un sindicalismo apolítico o colaboracionista, acabar con la independencia económica del sindicalismo e introducir las reformas pertinentes para terminar con el poder de las comisiones internas en las plantas.

Conclusión

Los trabajadores argentinos en la segunda mitad del siglo XX comprendieron y ejercieron su ciudadanía de una forma específica, resignificando la propuesta oficial y otorgándole otros atributos y manifestaciones. Condicionados por un contexto de inestabilidad política y de poco desarrollo y participación de la sociedad civil, particularmente de los partidos políticos, fueron construyendo formas alternativas de ejercer y perseguir sus derechos.

De esta manera, la participación en un sindicato y la capacidad organizativa de este agrupamiento para llevar adelante medidas de fuerza de envergadura como la toma simultánea de distintas fábricas, la huelga general y la movilización de miles de trabajadores para luchar por sus reivindicaciones, fue la forma que adoptaron los trabajadores para interpelar al Estado.

La particular construcción del sentido de la ciudadanía que hicieron los trabajadores argentinos tiene como basamento su identidad y cultura como clase, como actor social y/o político. Esa cultura de clase fue construida a partir de la experiencia vivida en los años de la Resistencia Peronista, de la proscripción partidaria, de los golpes de Estado, de la represión a la casi totalidad de las manifestaciones o reclamos a nivel de trabajo, y también a partir de la experiencia de vivir en el mismo barrio, con las mismas carencias y necesidades, con la misma respuesta del Estado a distintos reclamos, con la necesidad de asociarse para poder mejorar el territorio en el que se vivía. De esta manera se construyó una noción de solidaridad y de compañerismo que reforzó y determinó la construcción del sentido de ciudadanía particular de estos trabajadores.

De esta manera, resulta importante destacar que la capacidad de estos trabajadores de ejercer efectos políticos en la estructura social estaba principalmente determinada por su posición en el proceso productivo y en la política económica de desarrollo industrial de Argentina. Es en esta específica cuestión en donde radica el poder político de los trabajadores, piezas fundamentales del desarrollo industrial y económico que en ese momento se estaba dando el país.

La manifestación de esta identidad ciudadana clasista chocó fuertemente con la propuesta oficial que se planteó con el retorno del peronismo al gobierno en 1973 y con su idea de conciliación de clases, el llamado Pacto Social. Es en este momento, de aumento del conflicto entre algunos trabajadores de base y los dirigentes sindicales, cuando el significado de la identidad ciudadana de los trabajadores entró en disputa. Los desafíos constantes a los lineamientos del Pacto Social, el intento de desalojar al liderazgo sindical caratulado de burocrático por medio de la toma de fábricas, el ausentismo y la asociación entre trabajadores de distintas fábricas y de distintas

industrias, fueron las formas en que los trabajadores siguieron ejerciendo y practicando la ciudadanía a su manera.

La represión se desató sobre ellos por medio de la sanción de la mencionada Ley de Asociaciones Profesionales, de la Ley de Seguridad, de la represión policial y parapolicial con grupos de choque formados desde el Ministerio de Bienestar Social junto a patotas sindicales. Este arsenal represivo tuvo la intención de encauzar esa ciudadanía díscola.

No obstante, es importante recalcar que aún en los momentos más álgidos del conflicto, estos trabajadores se proyectaron al ámbito político de una forma interpelatoria. Se movilizaban para peticionar a sus autoridades, utilizaban los canales establecidos para disputar la conducción del movimiento sindical. La experiencia les había enseñado que su forma de participación política ciudadana se basaba en el derecho al voto (pocas veces ejercido de forma completa en el período) y en la movilización. No obstante, y aunque pueden encontrarse algunos ejemplos, el Parlamento no fue una institución a la que los trabajadores hayan dirigido sus reclamos. Esto puede deberse a la asociación del Parlamento a la democracia representativa tan ausente en esos años. Así, esta ciudadanía clasista de los trabajadores se conformó de una forma dialéctica en la que se mezclaban elementos de la ciudadanía democrática representativa liberal y elementos de una asociación corporativa, asamblearia, de democracia directa y de movilización. La ciudadanía así entendida y ejercida era colectiva, el sujeto político se construida entre compañeros.

La dictadura cívico-militar instaurada el 24 de marzo de 1976 atacó este sistema y particular concepción de la ciudadanía, intentando anular el poder que tenía el sindicalismo en la política nacional y en el proceso productivo, en las fábricas. El golpe de Estado cerraría, de esta manera, un ciclo en la forma de hacer, entender y vivir la política de una gran parte de la población argentina.

Bibliografía

- Facundo AGUIRRE y Ruth WERNER: *Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de izquierda*, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2007.
- Daniel AZPIAZU y Martín SCHORR: *Peronismo y dictadura. Textos inéditos de Oscar Braun*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2009.
- Roberto BASCHETTI: *La clase obrera peronista II*, La Plata, De la Campana, 2009.
- Victoria BASUALDO: «Los delegados y las comisiones internas en la historia Argentina: 1943-2007», en Daniel AZPIAZU (et al.) *La industria y el sindicalismo de base en la Argentina*, Buenos Aires, Atuel, 2010, pp. 81-157.
- Victoria BASUALDO con la colaboración de Ivonne BARRAGÁN y Florencia RODRÍGUEZ: *Dossier: La clase trabajadora durante la última dictadura militar argentina (1976-1983): Apuntes para el análisis de la resistencia obrera*, La Plata, Comisión Provincial por la Memoria, 2010.
- Hernán BERNASCONI: *Trabajadores metalúrgicos de La Matanza: breve historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, De la Orilla, 2010.
- Oscar BRAUN: «Desarrollo del capital monopolista en la argentina», en Oscar BRAUN (comp.), *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1973, 11- 44.
- O. CALELLO y D. PARCERO: *De Vandor a Ubaldini / 2*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.

- Yolanda COLOM y A. SALOMONE: «Las coordinadoras inter-fabriles de Capital Federal y Gran Buenos Aires, 1975-1976», en *Razón y Revolución*, N.º 4 Otoño 1998, www.razonyrevolucion.org/textos/revryr/prodetrab/ryr4ColomSalomone.pdf.
- Liliana DE RIZ: *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1987.
- Arturo FERNÁNDEZ: *Las prácticas sociopolíticas del sindicalismo (1955-1985)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2v, 1988.
- Álvaro GARCÍA LINERA: *La potencia plebeya. Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Buenos Aires, CLACSO-Prometeo Libros, 2008, pp. 151-192.
- Pablo GHIGLIANI y Alejandro BELKIN: «Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes», *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, 7 (2010), pp. 103-115.
- Adolfo GILLY: «La anomalía argentina (Estado, sindicatos y organización obrera de fábrica)», resumen de una ponencia de 1982 presentada en el «Seminario sobre la teoría del Estado en América Latina» realizado en 1984 por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.
- Richad HYMAN: *Relaciones industriales. Una introducción marxista*, España, H. Blume Ediciones, 1981.
- Elizabeth JELIN: «Conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976», en *Estudios Sociales* N°9, Buenos Aires, CEDES, 1977.
- Héctor LÖBBE: *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora Interfabril de Zona Norte (1975-1976)*, Buenos Aires, Ediciones RyR, 2006.
- Gabriela MEDINA: «Organización y militancia obrera en los trabajadores metalúrgicos de La Matanza: La agrupación Mussy Retamar», *XI Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.
- Guillermo O'DONNELL: «Estado y Alianzas en la Argentina, 1955-1976», *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 64, (1977), pp. 523-554.
- Mónica PERALTA RAMOS: *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930-1970)*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Editores, 1972.
- J.C. PORTANTIERO (1973): «Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual», en O. BRAUN, (Comp.), *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores S. A., 1973, pp. 73-117.
- _____: «Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973», en *Revista Mexicana de Sociología*, 2 Vol. 39, (1977), pp. 531-565.
- Alejandro SCHNEIDER: *Los Compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955- 1973)*, Buenos Aires, Ediciones Imago Mundi, 2006.
- Santiago SENÉN GONZÁLEZ: *Diez años de sindicalismo argentino, de Perón al Proceso*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1984.
- _____ y F. BOSCHER: *El hombre de hierro. Augusto Vandor. José Rucci. Lorenzo Miguel. Naldo Brunelli*, Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1993.
- Mariana STOLER: *Sentimos sobre nosotros la inquietante mirada de los trabajadores*.
- *Análisis de la Jornada de Protesta Nacional, 27 de abril de 1979*. Tesis de grado, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2015.
- Juan Carlos TORRE: *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI de Argentina Editores, 2004.

Diarios y Revistas

Avanzada Socialista, Buenos Aires Herald, Clarín, Crónica, Denuncia, Diario Popular, La Nación, La Opinión, La Prensa, La Razón, Revista Evita Montonera, Revista Mercado, Revista Somos.